

es un acróstico (¡qué principiante no ha compuesto acrósticos!) que inserto porque lleva el nombre de la amada de toda mi vida, y fué la primera que vió la luz pública; hay también un soneto cuyas palabras todas empiezan con la letra M: estos no son más que juguetes insustanciales, verdaderos ejercicios gimnásticos de imaginación que no merecen el nombre de poesía. Todas las de mi libro están plagadas de prosaísmos, epítetos impropios, ripios, versos cacofónicos y cojos, pensamientos vulgares y hasta tiviales, etc. etc.

Sin embargo, para que no se me tache de modestia falsa, que es la manifestación más cargante de la vanidad, y de que no me elogio aunque sea un poquito para que la crítica sea completa, diré que no tienen esa ampulosa rimbombancia que hoy se estila, ni ese cúmulo de neologismos estupendos del decadentismo de moda. Creo que mis versos dicen lo que yo quise decir. Si alguno me juzga fatuo o presuntuoso por ello me deja sin cuidado, como dicen en Cuba. Los escribí para distraerme y los doy a la estampa por la razón de las mujeres: PORQUE SI por que me da la real gana y para ello me faculta el artículo 7o. de nuestra carta fundamental.

*Caere
Arrese*

José Arrese

ALBUM
DE
ULTRATUMBA

✻

D. I. O S (1)

Agitador eterno de las moles
Que van con formidable movimiento
Rodando en la extensión del firmamento,
Creador de mundos, constructor de soles,
Mi raquítico y torpe entendimiento.
Apenas a llegar a tí se atreve,
Aunque hasta a tí con avidez le lleve
La misma actividad del pensamiento.

El infinito existe, con espanto
Yo lo veo extenderse en redor mío;
Y luego dilatarse tanto, tanto,
Que da miedo pensar que esté vacío.

¿El espacio que aparta las estrellas
Será un desierto inútil, mudo, frío,
Sin más objeto que mediar entre ellas?

¿Y esas esferas, cuyo rumbo cierto
Calcula y determina el hombre mismo,
Son desiertos rodando en el desierto,
Soledades cayendo en el abismo?

(1) Leída en una ten.

No puede ser: la esfera que yo habito
Es un grano de arena, comparada
Con muchas de las que hacen su jornada
Por el camino azul del infinito;
Y estando este mundículo cuitado
Por seres mil, desde sus blancos polos
Hasta su línea equinocial, poblado,
¿Los demás, por ventura, estarán solos?

Por la faz de la tierra se derraman
Seres cual yo que piensan, sienten, quieren,
Gozan y sufren, aborrecen y aman;
Mas nacen, luchan por la vida y mueren.

¿De dónde al mundo terrenal venimos,
Por qué razón sufrimos o gozamos;
Y cuando aquí nuestra misión cumplimos
A qué lugar del infinito vamos?

¿Por qué aquí la razón y la conciencia
En cada cual progresan, a medida
Que la flor de la humana inteligencia
Se nutre con los jugos de la ciencia
En los feraces campos de la vida?

Progresan y varían como lo hace
La materia que el cuerpo constituye,
Con la que tienen un estrecho enlace;
Y la materia, ni en el niño nace,
Ni en el cadáver yerto se destruye.

Luego el espíritu, alma o lo que sea,
Lo que en nosotros piensa, siente y quiere,
El indeleble germen de la idea;

Ni en el materno vientre se moldea,
Ni se destruye cuando el hombre muere.

Luego este mundo tiene la materia,
Y el espíritu viene del espacio
Para habitar su exigua periferia;
Ya sea en una choza o un palacio,
Ya sea en la abundancia o la miseria.

Luego el alma a la hora de la muerte
vuelve al espacio más adelantada,
En la tierra dejando abandonada
Una envoltura material, ya inerte,
Que solamente le pidió prestada.

¿Por qué en los otros no ha de ser lo
(mismo?
Cada astro debe contener sus hombres,
Que tendrán otras formas y otros nombres,
Y la vida con otro mecanismo:
Vivirán más de prisa o más en calma,
Unos serán más grandes que los otros;
Pero en esencia son, como nosotros,
Seres compuestos de materia y alma.

Hay, pues, dos universos: el sensible
Y el moral, misteriosos y profundos,
El uno material, el de los mundos:
El otro, de las almas, invisible.

Cuál fué primero? el alma o la materia?
Nacieron a la vez?... Cómo?... De
(dónde?...
Formidable cuestión que a la miseria
De nuestra pobre concepción se esconde;

Pero ambas tienen alguien que las rige
Y con mano inflexible las gobierna,
Y una ley que sus ímpetus dirige,
Sabia, inmutable, ineludible, eterna.

Cual es la ley? En dónde está la mano?
La ley es la atracción: desde la estrella
Hasta del polvo el más pequeño grano
Fatalmente sujetos van a ella;
La mano es la de Dios, ser soberano,
Cuyo nombre en sus obras está escrito,
Y como el alma está en el cuerpo humano
Está en la eternidad y el infinito.

Zeus en Grecia, Júpiter en Roma,
Ahura-Mazda en la Persia, Tien en China,
Elim, Brahma, Jehováh, mil nombres toma
En el lenguaje la entidad divina;
Pero todos proclaman su existencia:
La misma idea con distinto nombre:
Innata en el espíritu del hombre,
Innata en su razón y su conciencia.

Altiva y orgullosa la mirada
Delante del humano poderío,
Ante el tuyo se inclina anonadada,
Y mi alma permanece arrodillada
A todas horas ante tí, Dios mío.
No alcanzo a comprenderte; pero veo
En torno mío por doquier tus huellas,
En el cielo marcadas con estrellas
Y en la tierra con vidas, y yo creo,
Aunque diga quienquier que me equivoco,

Que es preciso ser necio, o estar loco
O ser imbécil, para ser ateo.

Pero abusado han de tal manera
Las religiones de la idea divina,
Que el vulgo adora dioses de madera,
De piedra, de metal y hasta de harina.
Y llama ateo, considera impío,
Al que no se arrodilla reverente
Ante el ídolo humano que impudente
En tus altares se instaló, Dios mío.

A despecho del vulgo ruin y estulto,
Nosotros, Dios eterno, te adoramos,
Aun cuando estés a nuestro alcance oculto;
En honra tuya templos levantamos,
Y en ellos en tu nombre trabajamos,
Y te rendimos fervoroso culto.
Mas adoramos tu divina esencia,
Tu necesario ser inabordable
Para la misma escrutadora ciencia
Que, con ánimo siempre infatigable,
Examina el anverso y el reverso
De tu creación que absortos admiramos;
Por eso solamente te llamamos
Gran Arquitecto (autor) del Universo.

1895.

Ante las Cenizas de los Niños

MARIA Y LEOPOLDO CICERO

Por qué se apaga con fulgor cobarde
De la menguante luna la agonía?
Por qué la intensa luz del mediodía
Se desvanece al espirar la tarde?

Por qué los lirios del ebúrneo broche
Cierran medrosos en la sombra impura?
Por qué se oculta el ave en la espesura
Y enmudecen sus notas por la noche?

Y por qué la tiniebla nos asombra?
Por qué la luz en sombra se convierte?
Qué es la sombra? La imagen de la muerte.
Y qué es la muerte? Nada más que sombra.

Espectro negro que terror provoca
En el sencillo pensamiento humano,
Y se disipa como el humo vano
en el instante mismo en que se toca.

La vida existe, por doquier campea:
Rayo en las nubes, en la luz colores,
Ruido en el aire, aromas en las flores,
Trino en las aves y en el hombre idea;

Mas la muerte qué es? En qué consiste?
Quién la ha tocado, visto o escuchado,
La ha pesado, medido o confrontado? . . .
¡La muerte es un fantasma que no existe!

Vuelve la luna a presentar sus fases,
El sol repite su inmortal carrera,
Nuevos lirios adornan la pradera,
Renueva el ave sus canoras frases:

Si la natura todo lo resiste,
Tan sólo el hombre, poderoso y fuerte,
Ha de caer al golpe de la muerte?
¡La muerte es un fantasma que no existe!

Una ilusión que bulle en la cabeza
Y con su propio brillo se extermina:
La vida ha de empezar si es que termina;
Y si acaba en la muerte, dónde empieza?

Aquí miramos con dolor profundo
De estos dos niños los despojos yertos;
Mas no lloréis por ellos, no están muertos.
No han hecho más que abandonar el mundo.

Donde parece que acabó su vida,
Donde el destino les cavó las fosas,
Vive su carne transformada en rosas,
Vive su sangre en savia convertida.

Y allá donde el dolor está proscrito
Viven sus almas mientras tanto, y vagan
En océanos de luz que no se apagan
Del Eter por el piélago infinito.

Como vuelan aquí las mariposas
De flor en flor inquietas y ligeras,

Vuelan ellas tocando en las esferas,
Del prado universal gigantes rosas.

Y aquí aspirando del saber la esencia,
Libando allá de la virtud las mieles
Del Espacio recorren los vergeles
En una eterna y plácida existencia.

Como la tierra no es más que un planeta
De los que van rodando por el cielo,
Tal vez detengan un momento el vuelo
Para oír las estrofas del poeta.

Quizá por lazo fraternal unidos,
Y en ese idioma que comprende el alma,
Brinden consuelo, y bienestar y calma
Al padre amante que los cree perdidos.

María, Leopoldo, si escucháis mi canto,
Cuyas notas apaga el sufrimiento,
Y os inspira un piadoso sentimiento,
Oíd el ruego que hasta vos levanto.

Vosotros que llegáis hasta el Eterno,
Impetrad lenitivo a la miseria
De los que aun llevamos la materia
Arrastrando en el lodo del infierno.

1885

A LA MEMORIA

DE

ALFREDO TORROELLA

ELEGIA

Ondas serenas del tranquilo Bravo
Que en silencio lloráis vuestra amargura
Al veros a los mares arrastradas
Donde hallaréis amarga sepultura;
Prestadme vuestro lánguido murmullo,
Monótona armonía,
Rítmico canto y cadencioso arrullo,
Para hablar al poeta que algún día,
De sus riberas patrias desterrado,
Lloraba a vuestro lado
Su dolorosa y triste nostalgia.

Viento que vas del Golfo Mejicano
Empujando las olas verde-grises
A las Antillas, poéticos países
Bañados por el golfo y el Océano
Tú que marcas los rumbos y los giros
Al barco que las rompe con su proa,
Lleva también mi llanto y mis suspiros
A una tumba que está en Guanabacoa.

Y con esos gemidos que en las noches
Del destemplado Enero
De mi ventana en los herrados broches
Produces plañidero,
Llama del nicho a la marmórea puerta,
Al bardo que descansa allí despierta
Y hazle escuchar mi canto lastimero.

¡Pero qué digo yo! . . . Tras esa loza
No queda ya otra cosa
Que un puñado de polvo amarillento
Incapaz de escuchar ni a mí ni al viento,
Y en derredor alguna blanca rosa
Que al cadáver debió su crecimiento.

Alfredo no está allí, que es muy estrecho
El hueco de una fosa
A contener la hoguera de aquel pecho
Y de aquella cabeza prodigiosa.

Alfredo no está allí, La voz sonora
Que hizo robusta del edén cubano
Para lanzar un reto a su tirano,
La perfumada brisa embriagadora;
Repite aún el eco mexicano
Que por su ausencia en las montañas llora.
El estro vigoroso
Que de mi patria enaltecí las glorias,
Prendiendo de su mano esplendoroso
Cándida flor con diamantino clavo,
Nacida al rayo de su sol candente,
Regada con el llanto del esclavo
Y teñida con sangre independiente,
Cual todavía suena

En la diáfana atmósfera serena,
Resonará en la historia eternamente.

Y el sentimiento, la pasión que ardía,
Como arden noche y día
Las lámparas que alumbran el santuario,
En su pecho, de amores relicario;
Podrá encerrarse en la mansión sombría,
Fúnebre, muda y sola de un osario?

Es triste creer la humanidad formada
Tan sólo de materia
¡Condenada a vivir en la miseria
Para volver a convertirse en nada!
Es triste el caos ver en lo pasado,
Al presente pesares y amarguras,
Y en lo futuro negras sepulturas
Acariciadas por el cierzo helado.
Esto no pasa de un funesto dolo;
Allí no se halla Alfredo;
Lo conocí muy bien: le daba miedo
La sola idea de quedarse solo.

¿En dónde están sus sueños de ventura,
Dónde la hermosa luz de su esperanza,
Dónde su fe, su amor y su ternura
Que el mismo olvido a amortiguar no alcanza?

Yo no sé, más los lloran todavía
Cuando aparece el día
Las flores del verjel camagüellano;
Los llorán: el océano
Con lágrimas de espuma en las orillas
De la Perla del Mar de las Antillas
Y en las costas del suelo mejicano;
Los abanicos de las altas palmas

Que arrullaron su sueño cuando niño;
El fraternal cariño
Y de sus hijos huérfanos las almas.

Cuando del patrio suelo desterrado.
Al mío, hospitalario, pidió abrigo,
Era yo un pobre niño abandonado,
Y sin embargo me llamó su amigo,
Me abrió su pecho, me contó su historia
Que nunca dí al olvido,
y a su afecto y confianza agradecido
Su nombre en mi memoria
Siempre va con los que amo confundido.

Ocho años ha que abandonó el planeta,
Prefiriendo ser muerto a ser esclavo,
Y aun le envió mis cantos de poeta
Desde la margen del tranquilo Bravo.

1887

EN LA MUERTE

DE LA

SRA. FRANCISCA DE LA G. DE
VILLAVICENCIO

Preciso es penetrar en el espacio
Por la pequeña puerta de una tumba,
Porque la hermosa vida de ultratumba
Tiene la muerte por fatal prefacio.

Nace una alma a la vida del progreso
Cuando un cadáver al sepulcro llega:
Morir es renacer; hay quien lo niega,
Mas no deja de ser verdad por eso.

Al encarnarse el alma en este suelo
Toma prestado el cuerpo en que se encierra;
Y al volver a la tierra lo que es tierra
Lo que del cielo vino, vuelve al cielo.

Allí vive tu espíritu anegado
En océanos de luz indeficiente,
Aunque el fulgor de tu mirada ardiente
El soplo de la muerte haya apagado.

Y desde allí, con la apacible calma
 Con que los rayos de sus luces bellas
 Nos mandan por la noche las estrellas.
 Mandas tú las miradas de tu alma.

Y ves con compasiva indiferencia
 Las pasiones que agitan este mundo;
 Pero te causan un dolor profundo
 Las lágrimas que corren por tu ausencia.

El sentimiento es flor cuya belleza
 Presta al recuerdo poderoso encanto;
 Pero las flores que cultiva el llanto
 Toman pronto el color de la tristeza.

Si quieren evitarte esos enojos,
 Que acibaran tu dicha en la otra vida,
 Los que lloran tu ausencia indefinida
 Deben secar el llanto de sus ojos.

Tu espíritu ha olvidado los dolores
 Que hacen del hombre la mundada historia,
 Y en la tumba que se alza a tu memoria
 Quiere, en lugar de llanto frescas flores.

Yo traigo, pues, con mano temblorosa
 Tan humilde y sencilla una violeta,
 Como ignorado y pobre es el poeta
 Que la viene a dejar sobre tu fosa.

1884

ANTE EL CADAVER

DE

MIGUEL TIJERINA

EN EL CEMENTERIO

Ya se acabó! Las lágrimas no deben
 Rodar por las mejillas abrasadas;
 Con tu vida acabaron tus tormentos
 Y empezó la ventura para tu alma.

Si tú en el lecho del dolor tuviste
 Solamente sonrisas y palabras
 De inquebrantable fé, y los sufrimientos
 No te arrancaron una sola lágrima,
 ¿Por qué nosotros, ciegos y egoístas,
 No habremos como tú de tener calma,
 Y sofocar el llanto que a los ojos
 Quiere brotar como una catarata,
 Rompiendo el débil dique que le opone
 La voluntad de resistencia falta?

Si el sentimiento moja las pupilas,
 La razón y la fe deben secarlas,
 Ya dejaste por fin la vil Materia
 Que tu espíritu al mundo sujetaba,

Y libre como inquieto pajarillo
 Que rompiendo las puertas de su jaula
 Se va a buscar la selva do naciera,
 Has volado al espacio que es tu patria.

Estamos en el campo de la muerte:
 Todo es silencio, soledad y calma.
 Tal parece, verdad? Y sin embargo
 Tras cada una de esa blancas lápidas,
 Bastidores del teatro de la tumba,
 Se desarrolla un admirable drama.
 Donde creemos que cayó una vida
 A millares las vidas se levantan,
 Se desatan del nudo que las liga,
 Por cada poro de la piedra pasan,
 Y agrupadas en nubes impalpables
 Por la tierra y el cielo se dilatan,
 Innundando de luces y armonías
 Los oscuros dominios de la nada.

Y qué es la nada? Imaginario engendro
 De la medrosa fantasía humana,
 Ilusión que va huyendo de la vida
 Como la noche de la luz del alba.
 La vida existe, indestructible, eterna,
 Tras la tétrica sombra de la nada,
 Como el espacio azul y transparente
 Más allá de las nubes que lo empañan.

Nos hallamos delante de una urna
 Que las escorias de una vida guarda,
 Los residuos de un ser que por la tierra
 Como nosotros hizo su jornada.
 ¡Quién pudiera decirle, como el Cristo
 A Lázaro en su tumba, alzate y anda,

Y obedeciendo al mágico conjuro
 De su sueño letal se despertara!
 El nos diría que la muerte es sólo
 Antesala del cielo, donde el alma
 Deja el gabán que le sirvió de abrigo
 En el invierno de la vida humana,
 Y nos diría que dejó su cuerpo
 Como se deja una pesada carga,
 Y que siente placeres y deleites
 Que al estar en el mundo ni soñaba.

Mas no despertará, pues Dios no puede
 Sus leyes derogar porque son sabias,
 Y ni por un instante volver quiere
 A su prisión el alma emancipada,
 Depositemos, pues en esa bóveda
 El contenido de esta negra caja,
 Que la mágica vara de natura
 En frescas flores tornará mañana
 Para adornar este lugar tan triste;
 Mas sequemos las lágrimas que embargan
 Nuestros ojos, y ahoguemos los sollozos
 Que nos echan un nudo a la garganta.
 No hay por qué sollozar, Miguel no ha muerto
 Ha regresado al seno de su patria.

EN LA VELADA FUNEBRE

Con que la Sociedad
 "Gran Círculo de Obreros de Tamaulipas",
 Honró la Memoria de

EMILIO ROUGIER

Es el mundo perpetua mascarada:
 El hombre lleva el alma disfrazada
 Haciendo de su rostro un antifaz,

Y cruza por la fiesta de la vida
 En el disfraz llevándola escondida,
 Y enseñando tan sólo ese disfraz.

Va confundido entre la grey inquieta
 De farsantes que juegan la careta,
 Y hace también ridículo papel;

Pero él se cree juicioso, y que con maña
 A la demente turbamulta engaña,
 Y el engañado justamente es él.

Y como ese engañado es cada uno,
 A la postre resulta que ninguno
 Sabe lo que es criterio ni verdad;

Y se pasa la vida haciendo el tonto
 Mientras viene la muerte, que de pronto
 Acaba con su necia humanidad.

Yo soy uno de tantos: quizá no abra
 Mi torpe labio sin decir palabra
 Disparatada o frívola jamás.

Así lo que yo diga importa poco,
 Carece de valor, lo dice... un loco,
 Uno de tantos locos nada más.

El blanco globo de la luna llena
 Con su luz melancólica y serena
 Alumbra de las tumbas la quietud;

Todo reposa allá en el cementerio,
 Y allá está Emilio oculto entre el misterio
 Con que envuelve a la muerte el ataud.

Misterio impenetrable? No por cierto:
 Ahora sabemos lo que siente un muerto
 Cuando la tumba lo ha tragado ya;
 Porque el secreto de ese negro abismo
 Puede venir a revelar él mismo
 Cuando ya libre de su cuerpo está.

Primero sombra, oscuridad, vacío,
 Soledad, abandono, miedo, frío,
 Impotencia de ideas y de acción;

Sintiendo todo en derredor desierto,
 Medroso inmóvil, negro, mudo, yerto,
 Sin comprender su propia situación.

Y después una voz dulce y sonora
Que le dice al oído: "espera y ora,
Eleva el pensamiento hacia tu Dios;

Ya extinguiste en la tierra tu condena,
Ya se rompió tu material cadena,
Yo te protejo, vuela de mí en pos."

Luego luz, mucha luz, luz deslumbrante:
Ver la tierra rodar, y en un instante
Por el espacio indefinido huir

En su atmósfera azul siempre cautiva,
Y después en lejana perspectiva
Como una estrella verla relucir.

Y entre tanto acercarse otro planeta,
Bogando por la cauda de un cometa,
Cual gigantesca nave en igneo mar;

Y tras él otro mundo, y otro mundo,
Y mil más en el piélago profundo
De los cielos rodando sin cesar.

Más tarde comprender que su existencia
Se ha reducido a la pristina esencia,
Y por patria tener la inmensidad;

Disfrutando el placer indeficiente
De hallarse libre, libre enteramente,
¡Qué bella debe ser la libertad!

Allí donde no hay vanos, ni orgullosos,
Ni hipócritas, ni avaros, ni envidiosos,
Pues se ve lo que piensa cada cual

Como al travéz del agua transparente
El arenoso lecho de la fuente,
Y el pensamiento es lengua universal.

Donde no hay sacerdotes, ni tiranos;
Do todos los espíritus hermanos
Se ayudan mutuamente en su misión,

Que sólo instruirse tiene por objeto;
Y el progreso es el único decreto,
Y el amor es la sólo religión.

Cuánto deben gozar los que han salido
De este mundo tan vano, tan podrido,
Tan lleno de miseria y falsedad;

Para habitar el infinito espacio,
Para tener el éter por palacio,
Y por tiempo tener la eternidad.

Sin embargo, lo dice la experiencia,
Le conservan apego a la existencia
Que en la tierra vinieron a sufrir;

Se complacen en ver a los que aman
Y si estos los recuerdan y los llaman
A su llamado suelen concurrir.

Esta junta que habéis organizado
En memoria del ser desencarnado
De quien en vida tan amigo fuí

Es una ocasión, y si él ha oído,
Es muy posible que haya concurrido
Y escuche lo que de él se dice aquí.

El blanco globo de la luna llena,
Que con luz melancólica y serena
Alumbrando las tumbas ahora está,

Ilumina tan sólo un mármol frío
Que cubre un hueco lóbrego y vacío:
Nuestro querido Emilio no está allá.